

# *Revista de Soria*



---

# MANUEL VILLAR RASO O LA NARRACIÓN ENTRE SORIA Y GRANADA

---

Antonio Chicharro

Quiero sumarme a estas páginas dedicadas a nuestro escritor y académico Manuel Villar Raso con la recuperación de dos artículos periodísticos que escribí para las páginas del diario *Ideal* de Granada en 2001 y 2004 dedicados respectivamente a sus obras *La casa del corazón* (*Cuentos de Ólvega*) y *La larga noche de Ángela*.

## EL ARTE MEMORIAL DE VILLAR RASO

Lo mejor de la literatura se resuelve en distancias cortas, esto es, en lo que pasa entre quien escribe y su escrito y lo que acontece entre ese escrito y el lector. Todo lo que ocurre alrededor de estos actos fundantes cumple otras funciones de alto, medio o bajo vuelo, incluidos por supuesto artículos mediadores como este mismo que escribo. Digo esto porque lo importante no es que se hable de un libro o de un escritor, sino que ese libro y ese escritor existan y se encuentren accesibles. En algún cruce espacio-temporal se ejecutará a su manera la recepción lectora y una vez más alcanzarán vida los personajes y las historias de papel y los paisajes y el tiempo de palabras: es éste el mejor y más largo reconocimiento de una labor creadora. Lo que define por tanto a las obras literarias es su singularidad y a un escritor, tener una voz propia e historias que contar con su especificidad estética. Por eso, la literatura es asunto más cualitativo que cuantitativo.

Por esta razón, aunque podamos imponer ciertos órdenes explicativos y clasificatorios entre obras y autores, éstos nunca prevalecen sobre los mismos. Según este razonamiento, las listas de libros más vendidos y las clasificaciones olímpicas de escritores son, al menos para mí, papel mojado.

En este sentido, tras haber leído *La casa del corazón* (*Cuentos de Ólvega*) (Soria, Centro Soriano de Estudios Tradicionales, 2001), de Manuel Villar Raso, poco me importa saber si este escritor granadino originario de las tierras sorianas es más o menos famoso o ha recibido últimamente algún premio literario, que lo ha recibido por cierto, porque este libro ha sido *mi libro* durante las cálidas horas de nuestra relación y en él he reconocido una obra genuina y a un escritor verdadero. Todo lo demás es ruido. Mi reconocimiento ha quedado rubricado con la llegada hasta la última de sus 215 páginas en tipo menor y con el recuerdo de las emociones e inquietudes que su lectura me ha suscitado. Esta es la razón de que nuestra aguja de navegación literaria se detenga en él.

El libro, dividido en dos partes, consta de cuarenta cuentos que, sin perder su propia autonomía narrativa, van conformando en su sucesión el relato de los duros años de infancia vividos en plena posguerra y en el pueblo castellano de Ólvega por un personaje, Manuel, trasunto del autor, alcanzando

así una unidad superior. El primer cuento, «Nada como tu olor me place», deja claramente establecidas las condiciones de un pacto con el lector al plantear la necesidad de activación de la convención de recepción ficcional:

Al ser quien esto escribe —dice el autor— de ese pueblo soriano, llamado Ólvega, mal harán quienes lo lean en identificar autor, anécdotas y personajes con seres y hechos reales, porque este Ólvega del que escribo es sólo un sueño [...] Tan sólo será cierto en la mente.

El último, «De la cuna al mundo», cierra las memorias del protagonista y narrador, que habla en primera persona, una vez que abandona el pueblo para iniciar una nueva y decisiva etapa en su vida, la de estudiante. La ancha parte central la ocupan los relatos en los que, por lo general, personajes populares, desarraigados o marginales, así como ordinarios y extraordinarios sucesos acontecidos en el pueblo van alcanzando en la voz de este personaje y narrador, cuya escrutadora mirada no abusa del resentimiento ni elimina la compasión, ni la ternura ni el ocasional lirismo, su respectivo protagonismo narrativo, tales como el maestro, un triple asesinato, los compañeros de escuela, Carmencita o el amor infantil que la muerte truncara y el protagonista revive a placer en sus sueños diurnos, el cacique, la madre, el padre, el personaje-héroe de su hermano David que fluye por muchos de los relatos, los abuelos, el cura, el campo soriano y sus animales, entre otros muchos que conforman un friso narrativo de un tiempo oscuro, en el que la carencia era la medida de todas las cosas, materiales y no materiales.

El autor recurre a los recuerdos de aquel tiempo, a la memoria de sus experiencias —reales, soñadas, fantaseadas y deformadas, porque la memoria se mueve— vividas a lo largo de aquel largo invierno de varios años para levantar el armazón de sus historias y construir la suprema verdad de su ficción. No es por tanto un libro de memorias al uso. No tiene tanta importancia la serie de hechos que pueda estar en el origen de la narración como el resultado y verdad artísticos de la misma. Esto explica que en muchos de los cuentos se trencen narrativamente hechos verosímiles e inverosímiles y que el modo realista adoptado para su escritura, lo que incluye el uso de cierto léxico popular castellano, etc., cargue apropiadamente la mano en el feísmo como recurso estético y en los trazos expresionistas cuando no meramente mágicos para lograr su propósito. Esto explica también que el libro todo termine hablando de algo más que de las peripecias vitales de un niño despierto que mira sorprendido y atemorizado su mundo inmediato, el universo de Ólvega. Este libro es concreción estética de la memoria histórica de niños y adultos que, sin voz y sin más que la tierra debajo de sus pies, vivieron en la España de un tiempo de silencio, un libro en el que se ajustan cuentas con el autorita-

rismo y la violencia, la explotación y la hipocresía, la mudez de Dios y sus vicarios, la sinrazón fascista y el secuestro de la infancia, con la maestría narrativa de quien adopta el arma letal de la mirada ingenua del personaje de un niño de nueve años que se enfrenta a la vida y la muerte como un juego, que provoca la risa tanto como una honda tristeza.

Un juego en efecto es este libro, un juego a la verdad. Por eso, Villar Raso ha puesto en él lo mejor de sí mismo y lo mejor de su arte literario, con crudeza no exenta de humor ni de inteligente ironía. Ahí radica la fuerza impresionante de este arte memorial.

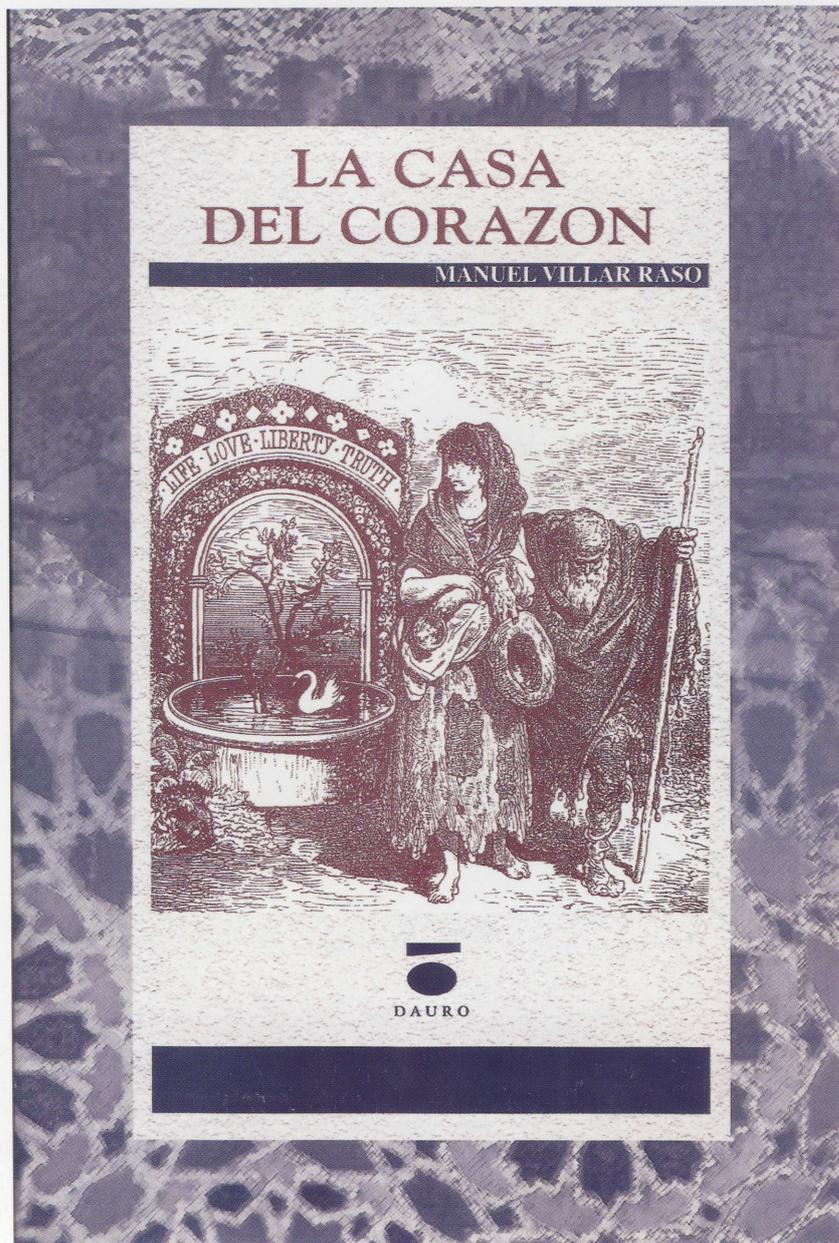
#### UNA GRANADA DE NOVELA

«Hay muchos mundos, pero en aquel entonces todos estaban en Granada, ciudad imaginaria y paraíso cerrado e inigualable en el espacio y el tiempo». Esta cita, que tomo del primer capítulo de *La larga noche de Ángela* (Salobreña, Alhulia, 2004), hasta ahora última novela de Manuel Villar Raso, pone sobre la pista del protagonismo que va a alcanzar en dicha novela Granada, la Granada de todos nuestros días y nuestras noches, la Granada de los luminosos marcos incomparables —sobrecogedores— en lo natural y en lo artístico, pero también la oscura y vulgar Granada de las gentes que viven y mueren, que luchan por la vida o dan la muerte. Las ciudades también se habitan en el tejido de las palabras y de las historias contadas. Y hay una Granada fingida y ficcional, de la que tanto sabe el maestro Francisco Izquierdo por cierto, que es tan real y verdadera como la ciudad que pisamos cada día.

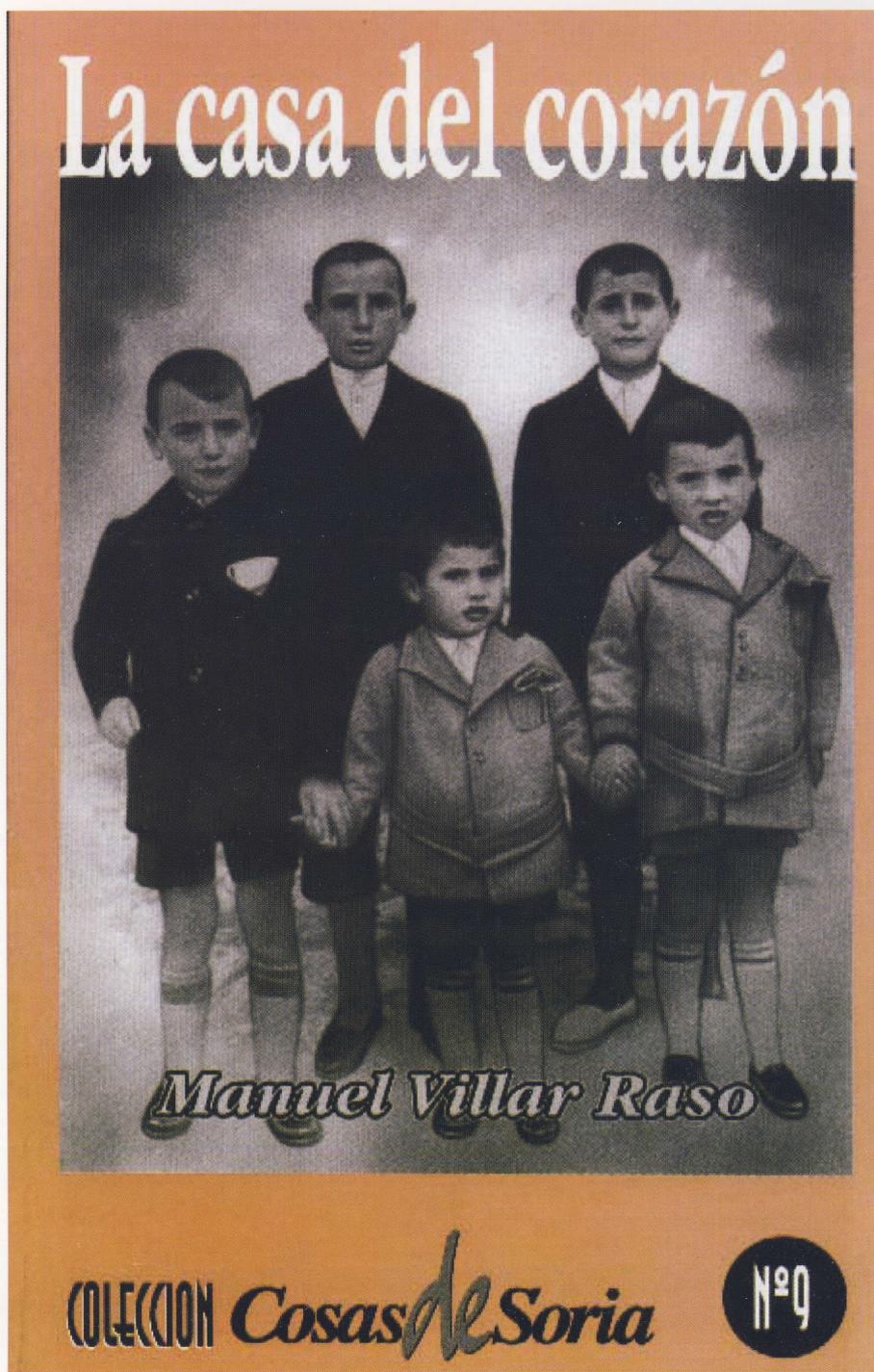
Vengo leyendo a Villar Raso desde hace años. Siempre vi en él a un novelista sin adjetivos, a su modo heterodoxo, capaz de levantar con las piedras de las palabras el edificio de una novela habitado por una historia bien trabada —ahí quedan sus novelas de perseguidos y fuera de la ley, las de asunto histórico y las del ciclo de África—; pero nunca había experimentado la fruición lectora suscitada por la experiencia literaria de lo próximo que, tan ausente y paradójicamente lejano por naturalizado y común, se nos ofrece, como en este caso, para ser (re)vivido en el espacio de una novela. Claro que este es un aspecto que yo valoro interesadamente por mi condición de habitante de esta ciudad, lo que no quiere decir que no me haya atraído la dura historia contada y tenido en vilo el extraordinario uso que hace el autor de la intriga en su proceso narrativo. Pero cuando asisto a la descripción de mi propio espacio universitario, o me encuentro con personajes y asuntos novelescos alimentados en su existencia irreal por las figuras de personas y hechos que conozco, o bien miro las altas crestas verbales de la sierra hermosamente trazadas por el novelista, el lector comprenderá la raíz de mi añadido interés. Al fin y al cabo, todo lector lee para sí.

Claro que eso no debe hacer suponer que las 275 páginas de *La larga noche de Ángela* sean una suerte de doblez verbal de una ciudad como la nuestra en sus mejores escenarios. Más bien son resultado de una indagación y un modo de exploración mediante la ficción en la vida y sus irresolubles y turbadoras paradojas. A la postre, el arte literario es un juego, sí, pero un juego a la verdad. Ahí alcanza su sentido la construcción del personaje central, Ángela,

personaje al que nos conduce el personaje pictórico de la cubierta del libro que parece responder a algo más que a una ilustración del artefacto de papel, y la pesadilla de muerte que vive en lo que es un periodo oscuro y trágico de su vida —de ahí el título— que en todo caso cuenta con un tibio y sereno amanecer. En esta novela conviven el cielo y el infierno, el amor y la muerte, la fuerza de vivir y la derrota y una Granada luminosa y oscura, una Granada de novela.



"La casa del corazón", 2ª Edición  
Editorial Dauro



"La casa del corazón", 1ª Edición  
Cosas de Soria